

Las dificultades

Alcibiades González Delvalle

Sentado en su viejo sillón de mimbre, Ramón Duarte lee el diario con una sonrisa casi imperceptible. De vez en vez alza la mirada, por encima de su antejo; parece tener la cabeza ocupada en cálculos matemáticos. Regresa a su lectura con el mismo aire de complacencia: las autoridades sanitarias anuncian que el coronavirus se quedará entre nosotros por mucho tiempo y que la cuarentena seguirá con el mismo rigor “nadie sabe hasta cuándo”.

Mientras tanto, a Duarte le va bien el negocio. Como nunca.

-Ya basta -le dice a su empleada pasándole el mate. Desde hace una hora siete personas forman cola a partir de la puerta para afuera. Un secretario controla que guardan distancia y tienen puesto el tapaboca. Duarte no las atiende por su antigua costumbre de hacer esperar a sus clientes. Sabe que lo van a esperar y él nunca tiene apuros. Cuando le reclaman, se acomoda en su asiento como para disfrutar de una larga tarde con una radio portatil pegada al oído. Cuando al fin le vienen las ganas, deja su sillón, sin apuros, y se acerca al mostrador. Tiene una despensa con pocas mercaderías, atendida por su esposa. Se diría que no es su actividad económica principal. Con una mano apoyada en el mostrador llama con un gesto displicente al primero de la fila: un señor de unos 40 años que da un suspiro de alivio porque será atendido y ganará la sombra. Es otoño, pero el sol se muestra inclemente como en verano.

2

En cuatro semanas se les acabó el pequeño ahorro. Ella y él tenían un puesto de venta callejero. Obtenían a consignación de una distribuidora artículos de verano o invierno, según la estación. Con este negocio vivían regularmente bien. Ella o él, los sábados y domingos ofrecía sus mercaderías en el barrio donde tenían una clientela que les esperaba. Con el sueño de la casa propia, adquirieron de una inmobiliaria un lote donde construyeron una pieza y un baño. El resto vendrá pronto -dijo él- con el dinero que se nos iba en alquiler. Y en suspiros, dijo ella. Escucharon que el gobierno ayudaría a quienes habían quedado sin sustento por culpa de la cuarentena. Se inscribieron con esa esperanza pero hasta hoy no tienen noticias. ¡Qué bien les vendría como alivio! Se comprarían lo necesario para confeccionar tapaboca. De acuerdo con sus cálculos, ganarían por lo menos para comer que ya es negocio en estos tiempos de penalidades. No es mucho el dinero que necesitan.

-Si tenemos -dice ella- 300 mil o 400 mil guaraníes ya podríamos...pero la cosa es dónde encontrar.

-Tengo la solución -dijo él, casi triunfal

-A ver

-Empeñemos la tele

4

Ahora le toca empeñar la computadora. Ya lo había hecho con el equipo de sonido y el televisor, pero el dinero pronto se esfumó. Después ya no tendría nada que empeñar salvo su instrumento musical. "Este nunca, aunque tenga que morir de hambre", se dijo con mucha convicción. "Puedo vivir sin nada de lo que tengo en casa, pero sin mi guitarra eléctrica, no". Desde que estalló la pandemia, y se impuso el confinamiento, él ha dejado de trabajar. Integró un conjunto, muy solicitado en cumpleaños y casamientos. Con los ojos húmedos, vació el disco duro en uno externo ante la posibilidad de que no pueda recuperar el equipo. Tres cuotas vencidas por los intereses lo llevaran al remate. Cargó en un bolso el equipo y caminó las cinco cuadras que le separaban de la casa de empeño.

5

Duarte, detrás del mostrador, recibió al primer cliente de la tarde que le ofreció un televisor por 500.000 guaraníes, a sabiendas de que obtendría la mitad, en el mejor de los casos. Luego entró un joven con una computadora de la que parecía no querer desprenderse.

-Deja o lleva -pregunta Duarte

-Un millón

-Un millón cuesta uno nuevo -se burla Duarte- 300 mil.

Unos días después, el mismo joven regresó con una guitarra eléctrica.